mirar con simpatía la tentativa de A. de Gubernatis.» Pero al considerar los hechos á que hicimos ya referencia, no han podido menos de preguntarse «si esa agrupación heleno-latina no hará que se produzcan ideas falsas y peligrosas».

Y contrarrestando el exclusivismo que de aquí puede nacer, añade: «En la antigüedad, existió una civilización heleno-latina en oposición á la barbarie. Pero hoy día ya no hay tal civilización. Hay *bárbaros* (y por desgracia los hay en todas las naciones, eslavas, latinas ó germanas, lo mismo que en las mongolas ó africanas) y hay *civilizados*, civilizados cuya civilización está formada por elementos de todo género: semitas y arios, orientales y occidentales, griegos, latinos, galos, eslavos, germanos y anglo-sajones. En una palabra: hay *civilización* y hay *barbarie;* no hay, simplemente, civilización heleno-latina, y nos tememos que, no obstante la nobleza de ideal y la generosidad que han inspirado á Gubernatis, su sociedad y su revista (la *Civiltá elleno-latina,* fundada por el mismo profesor) tendrán la vida efímera de todas las que las han precedido.»

Lo mismo creemos nosotros, y por eso hemos juzgado conveniente llamar la atención de quienes en España se preocupan por estas cosas, para que se pongan en guardia respecto de las direcciones peligrosas que puede tomar un pensamiento que, en el fondo, es razonable, es útil y puede ser de gran trascendencia ante los exclusivismos de otros grupos humanos, á quienes hoy aqueja el pecado de orgullo que antes padecimos nosotros, y que diariamente se nos echa en cara como si los censores no tuviesen el tejado de vidrio.

Teoría de la felicidad

En todo tiempo, los hombres han tratado de ser felices y se han preocupado con buscar los medios para serlo. Parece, sin embargo, que esa preocupación, á lo menos en sus manifestaciones eruditas, ha tenido períodos álgidos. Uno de ellos fué el que corresponde á los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, años de grandes fermentaciones ideales, henchidos de esperanzas optimistas para unos, de locos terrores para otros. La bibliografía—que no obstante lo mucho que de ella han abusado el superficialismo y la moda frívola, es cosa muy útil—lo demuestra. Madame Stael fué de los autores que por entonces escribieron sobre aquel gran problema. Su libro *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de los pueblos,* había sido precedido por otro que constituye hoy una interesante curiosidad, el *Ensayo sobre el arte de ser feliz,* publicado en 1811 por José Droz. Remontándonos á la cabeza de la serie, hallaríamos en 1770 un tratadito en que un señor D. M. procuraba investigar la influencia, no de las pasiones, sino de los prejuicios, en el consabido estado feliz; y para no aumentar las citas, recordaremos tan sólo que el

bueno de Rousseau fué uno de los hombres más preocupados por esa felicidad que no solía responder á sus llamamientos, más por culpa de él que de ella.

Aunque el conocido cuento de *La camisa del hombre feliz* ha hecho cundir el pesimismo en nuestras generaciones, ya de suyo pesimistas y tristonas, un nuevo período de esperanzas y de rebuscas de la felicidad parece iniciarse. De él es buena muestra un libro de Novicow, que muy pronto verá la luz en la *Bibliothèque pacifiste internationale,* bajo el título de *La posibilidad de la dicha.*

Hasta ahora, no conozco del libro más que unos párrafos que anticipa cierto semanario parisién. Dirígense estos párrafos á probar que la guerra es un fenómeno morboso, correspondiente á un estado de desequilibrio, de enfermedad, en los pueblos, el cual deriva, á su vez, de un estado patológico de los individuos. Novicow concreta su idea en los siguientes términos: «Los hombres son desgraciados porque son estúpidos. Si fuesen más inteligentes, podrían, de un golpe, del día á la noche, desprenderse de las tres cuartas partes de los males que los aplanan... El término *estúpido* (y séame perdonado el emplear esta palabra tan dura, pero por esto mismo, enérgica) se refiere á la noción de la estrechez de espíritu y de ignorancia.

Ahora bien; siendo la ignorancia una falta de correspondencia entre el hecho externo y la imagen interna, resulta ser un aspecto particular de la locura. Volvemos, con esto, á nuestro punto de partida, y cerramos el círculo: el estado patológico del individuo produce el estado patológico de la sociedad, porque los fenómenos sociales son la

resultante de las concepciones psíquicas de los individuos. Basta no engañarse para no sufrir. La prosperidad social está en razón inversa del error.»

Refiérese de un modo particular el autor de *La posibilidad de la dicha,* al escribir esto, á la guerra, que (de acuerdo con tantas otras gentes) cree un rasgo de locura, el cual sólo por un error de concepto ha podido ser considerada como un bien, como una gloria. Pero es indudable que su razonamiento puede aplicarse á todos los demás hechos sociales y á los individuales. *Veritas liberabit vos.*

Si los hombres supiesen en cada momento lo que es verdad y lo que les conviene, su conducta no sufriría desviaciones que se traducen en desgracias para ellos mismos y para sus semejantes. No obstante, hay muchos casos en la vida contra los que resulta impotente este remedio; hay desgracias que sobrevendrán siempre, aunque la humanidad tenga con toda precisión, en todos ellos, la imagen verdadera de la realidad. El dolor físico, la muerte, son fenómenos, el primero, de supresión que hoy por hoy parece utópica; el segundo, absolutamente inevitable. Bastaría con estos dos para amargar la existencia de quienes los sufren y de las personas allegadas que experimentan su reflejo. En el orden moral, la satisfacción interior por la conducta propia, por el resultado de los esfuerzos hechos en tal ó cual sentido, es cosa muy compleja y sutil, que crea dolores espirituales, amargadores también de la vida, aunque para muchas gentes correspondan á la clase de las menudencias é insignificancias que no deben perturbar nuestro reposo. Lo mismo podría quizá decirse de otras muchas cosas de

este género. Pero es indudable que, con referencia á la mayoría de las desgracias morales ó de las que, traduciéndose en un hecho material, proceden de un falso concepto del bien, la fuente de ellas hállase en la misma idea de la felicidad. Es ésta la que necesita de rectificación en primer término, pues muchas veces el individuo es feliz porque cree serlo desde un punto de vista especial, que otro individuo consideraría de manera diferente.

Con frecuencia oímos decir: «¿Pero eso te apena? A mí no me da frío ni calor.»

Quien recuerde los disgustos sin substancia que en la juventud se tomó por cosas baladíes, ó piense en las amarguras con que enturbian su dicha los enamorados románticos, comprenderá cuán cierto es esto.

La exageración de esos errores en la idea del estado feliz, la ha expresado muy bien el vulgo con el célebre cuento del alcalde de Totana. Y posible es que, aun con relación al dolor físico y á la muerte, la cualidad de hechos contrarios á la felicidad que les atribuímos descanse en un error respecto de lo que representan en la vida, y en una falta de conformidad (que quiere decir, de ver las cosas en su necesidad ineludible), con la que hay que contar para la formación de los ideales de un estado feliz.

Sí; no cabe duda que, á menudo, somos innecesariamente desgraciados, y que la frase transpirenaica según la cual *le bonheur c'est de s'en passer*, tiene un fondo de verdad en cuanto, despojándola de su paradoja, se aplica al elemento ideal que mide el grado de perturbación que los hechos producen.

En fin de cuentas, yo diría que tal vez el problema no consiste, muchas veces, en averiguar

cómo seremos felices (lo que supone un *ideal* fijo á que es preciso llegar), sino *qué significa* serlo. A lo cual estoy seguro que cada hijo de vecino contestaría de manera muy diferente á la de los demás compañeros de existencia terrena.

Memorias de hombres célebres

Aunque se ha abusado mucho del género, todavía ostentan de vez en cuando, como poderoso aliciente, las revistas extranjeras (las francesas, en particular), la publicación de correspondencias y diarios inéditos de escritores, políticos y artistas de fama. Como era lógico esperar, la mayoría de estas novedades carecen en absoluto de interés, y más que un favor, suelen constituir un flaco servicio á la memoria de los autores. La razón es obvia. Si en estas resurrecciones de papeles olvidados guiasen puramente el amor á quien los escribió, el legítimo afán de poner en relieve algún aspecto importante é ignorado de su vida, ó la necesidad de defenderla de censuras injustas, la selección que de ellos se hiciera llevaría aparejada sentencia condenatoria para muchos documentos. Pero el revelador de cartas y diarios no suele buscar más que la irritación de la curiosidad del público y, tal vez, el cachito de gloria que por reflejo pueda corresponderle por el servicio prestado, que vuelve á dar actualidad á un nombre que hace tiempo la perdió.

Sabiendo esto, miro siempre con desconfianza esa clase de publicaciones. Pero el presti-

gio de una firma me suele arrastrar y me procura un nuevo desengaño. No hace mucho, lo sufrí con las memorias de Barbey D'Aurevilly, por primera vez impresas en *La Renaissance Latine*. D'Aurevilly ha tenido recientemente en España cierta popularidad, gracias á la traducción de algunas de sus novelas, cuya principal cualidad consiste, como la de los libros de don Pedro Antonio de Alarcón, en ser entretenidas. Sin duda por esto, se formó con ellas una especie nueva de literatura, la especie de la «novela novelesca», que hizo fortuna, como tantas otras cosas, por el nombre. Acudí al *Memorandum* de Barbey, con la esperanza de hallar la misma amenidad, el mismo ingenio que en las novelas. Pensé en algo análogo al precioso *Diario* de los Goncourt. Nada de eso. El *Memorandum* es, casi todo él, de una vulgaridad aplastante, de una insignificacia que descorazona al más valiente.

Pero la compañía de los hombres de talento tiene sorpresas que sirven de compensación á las horas grises. Y de vez en cuando, Barbey se revela en unas cuantas líneas, perdidas en aquel fárrago de cosas desprovistas de interés y de gracia. Uno de esos hallazgos me encantó muy especialmente, por la sinceridad y la honda y poética melancolía que revelaba. Dudo que Barbey haya escrito en sus obras de imaginación—donde, como siempre, se desliza tanto subjetivo—, nada tan sentido, tan natural, tan dramático.

El escritor asiste á una representación teatral. De pronto, su mirada se cruza con la mirada que desde un palco le dirige una mujer. Es un segundo, un relámpago. El corazón de Barbey comienza á latir violentamente. La memoria abre sus puertas y el mundo de los recuerdos se enseñorea de

la imaginación, haciendo revivir escenas, frases, sensaciones... El poema se reanuda mentalmente. ¿Cuántos años hace que su último verso se perdió en las negruras de un momento lleno de tristeza?... Desde un rincón de provincias, el hada vuelve. Barbey sabe bien que su paso será efímero; que sólo debe á eso que llaman el azar, la dicha de verla otra vez, á distancia, sin poder hablarla. Se resigna. Pone en sus ojos toda su alma, y con ellos dialoga á intervalos; y cuando no dialoga, sigue solo el adorable ensueño que embalsama con su aroma de felicidad toda una existencia. Acaba la representación. El palco queda vacío. El encanto desaparece. Y por unos días, Barbey vivirá de aquella bocanada de poesía, tan fuerte, tan henchida de ilusión, que, á pesar de la sobriedad del relato, también arrastra hacia el país de los recuerdos dulces al lector que tiene alguna experiencia de este mundo.

*
* *

Mirabeau también ha sido víctima de los rebuscadores de autobiografías. Fecha de 1903 llevan sus *Cartas á Julia*, que cimentan su fama de gran amador y libertino. Tras esas *Cartas* llegan otras: las dirigidas por el mismo Mirabeau al *Buen Angel*. Pero el *Buen Angel* no es una mujer, sino un hombre, Gabriel Boucher, empleado de policía en los años próximos á la Revolución y muy dado á las amistades con músicos, literatos y artistas de todo género. El gran talento de Mirabeau le cautivó por completo y usó de toda su condescendencia en cuanto á la comunicación epistolar de Mirabeau, preso, con su amante Sofía.

Verdad es que todo el personal de la prisión fué igualmente tolerante con la correspondencia del gran orador... que todavía no era grande. Para esta tolerancia sirvió mucho, por lo que se refería al teniente general de policía M. Le Noir, enemigo de Mirabeau padre, el hecho de que Mirabeau hijo había escrito contra su progenitor un libelo. Para Le Noir, el prisionero se convertía en un auxiliar precioso. Y efectivamente, lo utilizó.

La correspondencia que ahora publica *La Renaissance Latine*, refleja la lucha entre padre é hijo, las cuestiones matrimoniales entre Mirabeau y su mujer y los amores del preso y de Sofía, trágicamente heridos con la muerte de la hija que tuvieron por fruto. La personalidad moral de Mirabeau pierde bastante, sobre lo que ya tenía perdido por lo que se sabía de su vida, con estos nuevos documentos. Por esta vez, lo inédito servirá para algo útil; porque para mí, á pesar de la teoría de las dos naturalezas en los hombres de talento ó de genio, y de la moral de manga ancha que algunos les conceden, será siempre útil saber hasta dónde son *buenos* los *sabios*.